

EL PERDÓN DE LAS OFENSAS

Padre Arnaldo Bazán

"Por eso el Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al empezar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía 10.000 talentos. Como no tenía con qué pagar, ordenó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y que se le pagase. Entonces el siervo se echó a sus pies, y postrado le decía: "Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré". Movidó a compasión el señor de aquel siervo, le dejó en libertad y le perdonó la deuda (Mateo 18,23-27).

Una parábola es algo así como un cuento inventado por el Señor para que nos sirva de enseñanza. No es que tengamos que tomar el relato al pie de la letra, sino sabiendo desentrañarlo para descubrir lo que Jesús nos quiere mostrar por medio de él.

En esta parábola, como en tantas otras, el Divino Maestro comienza por decir: ...el Reino de los Cielos es semejante a... Se trata, pues, de hacer una comparación.

En varias ocasiones usa Jesús la persona de un rey, no porque, necesariamente, estuviera de acuerdo con el sistema monárquico de gobierno, sino porque sus oyentes veían en dicho personaje a alguien muy importante y poderoso.

El rey, por tanto, es figura de Dios en la parábola. En ésta se trata de un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos, que tenían deudas con él, de una forma u otra, a veces en forma exorbitante.

Hablar de diez mil talentos en aquellos tiempos era referirse a una verdadera fortuna. No tratemos de indagar cómo pudo un simple siervo contraer una deuda tan grande con el rey. Perderíamos el significado de la lección que se nos quiere dar.

Para tener una idea del valor del "talento" diremos que era equivalente a "seis mil denarios". El denario era el salario diario básico de un trabajador, de modo que la tal deuda del funcionario sería igual que el salario de un obrero durante 1644 años de trabajo.

¿Quién podría pagarlo? Esa enorme cantidad representa la deuda que, con nuestros pecados, contraemos con Dios. Si no fuera por su infinita misericordia, nunca seríamos capaces de pagar lo que debemos.

Pero si unimos nuestro arrepentimiento sincero al sacrificio de Cristo al morir por nosotros, la deuda queda saldada. Dios se compadece de nosotros, como lo hizo el rey con aquel funcionario que había derrochado lo que no le pertenecía.

Al salir de allí aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros, que le debía cien denarios; le agarró y, ahogándole, le decía: "Paga lo que debes". Su compañero, cayendo a sus pies, le suplicaba: "Ten paciencia conmigo, que ya te pagaré". Pero él no quiso, sino que fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase lo que debía (Mateo 18,28-30).

En la segunda parte de la parábola cambia totalmente el panorama. Aquel mismo hombre a quien le fue perdonada una deuda extraordinaria, de cientos de millones de dólares actuales, tenía un compañero que le debía cien denarios.

El "denario" era el salario normal diario de un trabajador. De modo que cien denarios era el salario de unos tres meses. En realidad una tontería comparada con los millones que el rey acababa de condonarle.

En esta ocasión se repite la misma escena. El deudor, imposibilitado de pagar enseguida, le rogó al acreedor inclusive cayendo de rodillas a sus pies, pidiéndole, no que le perdonara la deuda, sino que tuviera paciencia con él, pues estaba dispuesto a pagar lo que le debía.

Si aquel inconsciente hubiera tenido una pizca de humanidad, se habría recordado que eso mismo había hecho él con el rey, rogándole que le tuviera paciencia, pues estaba dispuesto a pagar cuando pudiera.

Pero ni el ejemplo del generoso rey pudo devolverle un poco de dignidad en su trato con aquel compañero. Lo trató en los peores términos y lo hizo meter en la cárcel hasta que pagara la mísera deuda que tenía contraída con él.

¿Podremos nosotros reconocernos en este ejemplo de Jesús? ¿No seremos tan inconscientes como aquel siervo cruel? Nuestras ofensas a Dios son inconmensurablemente más grandes que las que nos puedan hacer nuestros prójimos, lo que significa que nuestra deuda con el Señor es absolutamente incomparable con las que tienen nuestros prójimos con nosotros.

Y aquí no estamos hablando de dinero. Se trata de motivos que hacen que una persona llegue a sentir odio por otra, de tal forma que desearía incluso matarla, para así saciar sus deseos de venganza.

Todos los días nos informan los medios de comunicación, de la increíble cantidad de delitos que se cometen, en los que las víctimas son esposas o esposos, padres o hijos, hermanos o parientes, y también amigos que, por cualquier asunto sin importancia, se vuelven enemigos, bufando amenazas y buscando la ocasión propicia para saldar, de la peor manera, la supuesta deuda que quieren cobrar.

Hemos convertido las ofensas en un asunto de honor. Antes se usaban los duelos, pero ahora todo vale, con tal de salvar la honra, no importa que por ello haya hasta que matar.

Al ver sus compañeros lo ocurrido, se entristecieron mucho, y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. Su señor entonces le mandó llamar y le dijo: "Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?" Y encolerizado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía. Esto mismo hará con ustedes mi Padre celestial, si no perdonan de corazón cada uno a su hermano" (Mateo 18,31-35).

Aquí son los compañeros los que se dan cuenta del mal proceder de uno de los suyos, y lo demuestran con su tristeza. Pero no se quedan ahí: buscan justicia, pues no era posible que a quien se le había perdonado tanto mantuviera en la cárcel a uno cuya deuda no tenía comparación alguna. Así que fueron donde el rey y le contaron lo ocurrido. ¿Cómo aceptar una conducta así?

Mandó a buscar de inmediato al siervo cruel y malvado, no sólo para reprocharle con duras palabras por su comportamiento, sino también para anular el perdón y hacerle pagar hasta el último centavo.

Lo más importante de esta parábola es la conclusión. Que nadie piense que va a obtener misericordia de Dios si no es capaz de perdonar. Porque, en definitiva, las parábolas son lecciones en las que los personajes representan a Dios y a nosotros. Dios es un Padre amoroso que comprende a su hijos, pues no nos hizo perfectos, sino perfectibles.

El quisiera que fuésemos santos, como lo proclamó, muchos siglos antes de la venida de Jesús, por medio de Moisés: "Sean santos, porque yo, Yahveh, su Dios, soy santo" (Levítico 19,2).

Pero El sabe lo difícil que resulta para nosotros la santidad. Todos los días tenemos que hacer uso de nuestras facultades privilegiadas, la voluntad y la libertad, para tomar decisiones que nos llevan, muchas veces, a hacer lo que no nos conviene, por lo que Dios nos lo ha hecho saber así con sus mandamientos.

Y pecamos una y otra vez, incluso teniendo el sincero deseo de cumplir la voluntad de Dios. Y es que el pecado se nos presenta como algo muy atractivo, aunque sea falso. Por eso Dios nos perdona una y otra vez cuando demostramos nuestro arrepentimiento, especialmente por medio del sacramento de la Reconciliación.

Pero la condición es clara. O perdonamos a quienes nos ofenden, lo que no excluye la búsqueda de la justicia, o tendremos que responder ante Dios por cada uno de nuestros pecados.